

Volviendo á mis adelantamientos en la escuela, digo que fueron ningunos, y así hubieran sido siempre, si un impensado accidente no me hubiera librado de mi maestro. Fué el caso, que un día entró un padre clérigo con un niño á encomendarlo á su dirección: después que hubo contestado con él, al despedirse observó el versito que os he dicho, lo miró atentamente, sacó un anteojito, lo volvió á leer con él, procuró limpiar las interrogaciones y la coma que tenía el *no*, creyendo fuesen suciedades de moscas; y cuando se hubo satisfecho de que eran caracteres muy bien pintados, preguntó:—¿Quién escribió esto?—A lo que mi buen maestro respondió diciendo que él mismo lo había escrito y que aquella era su letra. Indignése el eclesiástico, y le dijo:—Y usted ¿qué quiso decir en esto que ha escrito?—Yo, padre, respondió mi maestro tartamudeando, lo que quise decir, es: que María Santísima fué concebida en gracia original, porque fué la hija querida de Dios Padre. Pues, amigo, repuso el clérigo, usted eso querría decir; mas aquí lo que se lee es un disparate escandaloso; pero pues sólo es efecto de su mala ortografía, tome usted el palo del tintero ó todos sus algodones juntos, y borre ahora mismo y antes que me vaya este verso perversamente escrito, y si no sabe usar de los caracteres ortográficos, no los pinte jamás; pues menos malo será que sus cartas y todo lo que escriba lo fíe á la discreción de los lectores, sin gota de

puntuación, que no que por hacer lo que no sabe, escriba injurias ó blasfemias como la presente.

El pobre de mi maestro, todo corrido y lleno de vergüenza, borró el verso fatal, delante del padre y de nosotros. Luego que concluyó su tácita retractación, prosiguió el eclesiástico:—Me llevo á mi sobrino, porque él es un ciego por su edad, y usted otro ciego por su ignorancia: y si un ciego es el lazarillo de otro ciego, ya usted habrá oído decir que los dos van á dar al precipicio. Usted tiene buen corazón y buena conducta; mas estas cualidades de por sí no bastan para ser buenos padres, buenos ayos ni buenos maestros de la juventud. Son necesarios requisitos para desempeñar estos títulos, *ciencia, prudencia, virtud y disposición*. Usted no tiene más que virtud, y esta sola lo hará bueno para mandadero de monjas ó sacristán, no para director de niños. Conque procure usted solicitar otro destino, pues si vuelvo á ver esta escuela abierta, avisaré al maestro mayor para que le recoja á usted las licencias, si las tiene. Adiós.—Consideren ustedes, ¿cómo quedaría mi maestro con semejante panegírico? Luego que se fué el padre clérigo, se sentó y reclinó la cabeza sobre sus brazos, lleno de confusión y guardando un profundo silencio.

Ese día no hubo planas, ni lección, ni rezo, ni doctrina, ni cosa que lo valiera. Nosotros participamos de su pesadumbre é hicimos el duelo á su tristeza en el modo

que pudimos, pues arrinconamos las planas y los libros, y no osamos levantar la voz para nada. Bien es, que por no perder la costumbre, retozamos y charlamos en secreto hasta que dieron las doce, á cuya primera campanada volvió mi maestro en sí: rezó con nosotros, y luego que nos echó su bendición, nos dijo con un tono bastante tierno: — «Hijos míos: yo no trato de proseguir en un destino que lejos de darme que comer, me da disgusto. Ya habéis visto el lance que me acaba de pasar con ese padre: Dios le perdone el mal rato que me ha dado; pero yo no me expondré á otro igual, y así no vengáis á la tarde: avisad á vuestros padres que estoy enfermo y ya no abro la escuela. Conque hijos, vayan norabuena y encomiéndenme á Dios.»

No dejamos de afligirnos algún tanto, ni dejaron nuestros ojos de manifestar nuestro pesar, porque en efecto, sentíamos á mi maestro como que magüer tontos, conocíamos que no podíamos encontrar maestro más suave si lo mandábamos hacer de mantequilla ó mazapán; pero en fin, nos fuímos.

Cada muchacho haría en su casa lo que yo en la mía, que fué contar al pie de la letra todo el pasaje, y la resolución de mi maestro de no volver á abrir la escuela.

Con esta noticia tuvo mi padre que solicitarme nuevo maestro, y lo halló al cabo de cinco días. Llevóme á su escuela y entregóme bajo su terrible férula.

¡Qué instable es la fortuna en esta vida! Apenas nos muestra un día su rostro favorable para mirarnos con ceño muchos meses. ¡Válgame Dios, y cómo conocí esta verdad en la mudanza de mi escuela! En un instante me ví pasar de un paraíso á un infierno, y del poder de un ángel al de un diablo atormentador. El mundo se me volvió de arriba abajo.

Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso é hipocondríaco, hombre de bien á toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucía su genio tétrico y duro.

Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenía muy pocos discípulos, y á cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir con prudencia! pero unos pecan por uno y otros por otro extremo donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era nimiamente compasivo y condescendiente, y el segundo era nimiamente severo y escrupuloso. El uno nos consentía mucho, y el otro no nos disimulaba lo más mínimo. Aquél nos acariciaba sin recato, y éste nos martirizaba sin caridad.

Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se había desterrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semblante se leía toda la gravedad de un Areopagita. Era de aquellos que llevan como infalible el cruel y vulgar

axioma de que *la letra con sangre entra*, y bajo este sistema era muy raro el día que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitivos, estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo, que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, éste lo era menos por tirano; si aquél era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarín de obrajes.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo. Con razón decía Plinio que *el miedo es un maestro muy infiel*. Por milagro acertará en alguna cosa el que la empresa prevenido del miedo y del terror; el ánimo conturbado, decía Cicerón, no es á propósito para desempeñar sus funciones. Así me sucedía, que cuando iba ó me llevaban á la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable; con esto mi mano trémula y mi lengua balbuciente ni podían formar un renglón bueno ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicación, sino por sobra de miedo. A mis yerros seguían los azotes, á los azotes más miedo, y á más miedo más torpeza en mi mano y en mi lengua, la que me granjeaba más castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominación de aquel sátrapa infernal. En este tiempo ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela! ¡qué disgustos no tuvo! ¡y qué lágrimas no le costó! pero mi padre estaba inexorable, persuadido á que todo era efecto de su consentimiento, y no quería en esto condescender con ella, hasta que por fortuna fué un día á casa de visita un religioso que ya tenía noticia del pan que amasaba el señor maestro susodicho, y ofreciéndose hablar de sus crueldades, peroró mi madre con tanto ahinco, y atestiguó el religioso con tanta solidez á mi favor que, convencido mi padre, se resolvió á ponerme en otra parte, como veréis en el capítulo que sigue.

